

JUAN CARLOS PORTANTIERO: DEMOCRACIA A TREINTA AÑOS DE LA TRANSICIÓN

PABLO PONZA¹

Resumen

A propósito de cumplirse treinta años de democracia en Argentina y la compulsión a los balances que generan esta clase de fechas, el artículo tiene como objetivo general recuperar las reflexiones y aportes teóricos que produjo Juan Carlos Portantiero durante la transición (1979-1989). Y, como objetivo específico, dar cuenta de las razones que lo condujeron al giro desde postulados revolucionarios hacia el paradigma democrático. Para ello el texto desarrolla tres variables explicativas vinculadas a: 1º) Los factores teórico-conceptuales: la crisis de sentidos y respuestas teórico-doctrinarias del marxismo. 2º) Los factores políticos: el reordenamiento y la modernización institucional de los ochenta. Y 3º) el cambio de rol adjudicado a los intelectuales en un contexto democrático.

Palabras clave

Portantiero, democracia, dictadura, cultura política

Abstract

A purpose of the thirtieth anniversary of the democracy in Argentina, this paper attempts: first recover the Juan Carlos Portantiero's reflections, especially his theoretical contributions occurred during the transition. And second, to give an account of the reasons that led him to shift away from revolutionary postulates and trust on the democratic paradigm. The text develops three main explanatory variables: 1) The theoretical and conceptual: the doctrinaire and sense crisis of the Marxism. 2 °) The political factors: the reordering, modernization and institutional reconfiguration of the eighties. And 3 °) the changing allocated to the intellectuals role in a new democratic context.

Key words

Portantiero, democracy, dictatorship, political culture

Recibido con pedido de publicación el 12/02/2013

Aceptado para su publicación el 25/07/2013

¹ CONICET-IEALC-UBA. Este trabajo forma parte del proyecto UBACyT 2011-2014: La Imaginación histórica de la Sociología Latinoamericana. Debates, Contribuciones, Trayectorias y Proyectos Institucionales (1940-1980).

Introducción

Durante los llamados “sesenta-setenta”, muchos intelectuales de izquierda se mostraron favorables a una transformación radical de la sociedad, favorables a una transformación semejante a la acontecida en Cuba en 1959. La democracia no era considerada entonces una alternativa o, en el mejor de los casos, era vista como una alternativa ineficaz y denostada.² Para Alain Badiou,³ esa fue una época prometeica, la época del advenimiento del hombre nuevo. Crear un hombre nuevo requería la destrucción del viejo. En ese paradigma, crear un hombre nuevo, tanto como la opresión del capitalismo y sus dominadores, legitimaban la violencia revolucionaria. Según Stefan Sweig, esa generación que vio en la Revolución Cubana un modelo a seguir, creyó que las movilizaciones sociales latinoamericanas de la época dejaban ver el agotamiento del sistema capitalista y el nacimiento de un nuevo orden.⁴

Sin embargo, en la década de 1980, tras los efectos del brutal establecimiento del Terrorismo de Estado (1976-1983) advertimos un viraje hacia concepciones democráticas por parte de la izquierda intelectual. Diversos estudios coinciden en que, así como la Revolución funcionó como eje articulador de la discusión latinoamericana durante la década del sesenta, en los ochenta fue la democracia la que comenzó a ocupar un lugar de privilegio en la agenda política, ideológica y académica de dichos intelectuales. Este fue el caso, por ejemplo, de Juan Carlos Portantiero, destacado pensador marxista y referente de la sociología histórica argentina.

Este artículo parte de una presunción y propone una hipótesis: puesto que en toda transformación profunda confluyen múltiples elementos, no podemos explicar este proceso a través de una única variable. Es decir, para Portantiero, reconsiderar positivamente la democracia no fue una decisión solitaria, aislada, o resultado unívoco del agotamiento, el fracaso político y militar de los proyectos revolucionarios, sino consecuencia de la confluencia de por lo menos otros tres grandes factores. A saber, en primer lugar, los factores teórico-conceptuales: la crisis de sentidos y respuestas teórico-doctrinarias del marxismo y, la incorporación del paradigma democrático. En segundo lugar, los factores políticos: el reordenamiento, modernización, y reconfiguración institucional (político y académica) de los ochenta. En

² Pablo Ponza. "La Ciudad Futura: un pacto socialista y democrático". *E-Latina, Revista electrónica de estudios latinoamericanos*, Vol. 10, N° 40, Julio-setiembre, Buenos Aires, UBA, 2012. Pablo Ponza. "Socialismo y democracia para José Aricó y Juan Carlos Portantiero durante la transición". *IV Jornadas Nacionales de Historia Social y II Encuentro de la red Internacional de Historia Social*. La Falda, 15, 16 y 17 de mayo de 2013.

³ Alain Badiou. *El siglo*. Buenos Aires, Ediciones Manantial, 2005.

⁴ Stefan Sweig. *El mundo de ayer. Memorias y ensayos. Obras completas*. Barcelona, Editorial Juventud, 1953.

tercer lugar, hubo un cambio de rol o de auto-representación en los intelectuales. Asimismo, la conveniencia coyuntural hizo de la democracia la opción más factible y eficaz para salir de la dictadura e insertarse nuevamente en la vida pública y profesional sin correr riesgos de ser desaparecido.

Antes de comenzar, es importante destacar que la cuestión no pasa por juzgar la trayectoria ideológico-intelectual de Portantiero como si se tratase de un dato objetivo, sino preguntarnos cómo es que subjetivó dicha transformación. Para ello, intentaremos responder una serie de interrogantes que nos permitan explicar: ¿por qué observamos en la trayectoria ideológica de Portantiero un giro hacia el posibilismo? ¿Habría sido dicho giro una opción de refundación de un proyecto político y cultural? ¿Se habría convertido la democracia en un modo alternativo de pensar la transformación socialista? Y ¿Por qué para ello cuestionó la tradición vanguardista-revolucionaria y destacó la centralidad estratégica del concepto y la práctica de la democracia?

1. De los factores teórico-conceptuales que le hicieron abrazar la democracia

En primer lugar, en los ochenta tanto la derrota de las experiencias continentales como el lento desgranamiento del llamado "Socialismo Real" desacreditaron al marxismo como doctrina rectora del pensamiento de izquierda, en especial al vanguardismo leninista. En esos años la izquierda asistió a un vacío de ideas, a una crisis de respuestas no sólo para pensar la transformación social, sino incluso para imaginar horizontes más urgentes y cercanos como era encontrar una salida rápida y viable a las dictaduras que pesaban sobre gran parte de Latinoamérica.

La crisis del marxismo dejó a muchos pensadores latinoamericanos a la intemperie, sin resguardo teórico ni una interpretación de hechos actualizada y legitimada. Dicha crisis condujo a la duda, a la fragmentación de los relatos, al desgranamiento de los viejos agrupamientos y a la búsqueda de nuevas conceptualizaciones políticas. En este sentido es significativo tener en cuenta el reposicionamiento-revisión emprendido por la izquierda europea -especialmente la italiana- que fue una referencia ineludible para Portantiero. La izquierda europea, a través del llamado eurocomunismo, reforzó la perspectiva democrática y parlamentaria, así como la visión convergente y modernizadora de los partidos comunistas de Francia, España e Italia; que asistían atónitos a la implosión que sufría el bloque comunista soviético.

Sin duda los marxistas italianos siempre tuvieron gran influencia en el pensamiento de Portantiero. Así como había ocurrido en los "sesenta" con Gramsci, Colletti, Badaloni, Della Volpe, Luporini o Croce -autores

que le permitieron incorporar a sus análisis la dimensión cultural en clave nacional-. En los “ochenta” Christine Buci-Glucksmann, Giacomo Marramao, Gianfranco Poggi, Lucio Coletti, Norberto Bobbio, entre otros- le sirvieron de apoyo para resignificar el concepto de democracia con la finalidad de recomponer y relanzar la izquierda en el debate político público de la época.

Por caso Norberto Bobbio, entre 1980 y 1995, se convirtió en uno de los analistas políticos más influyentes y polémicos de Italia, especialmente por sus colaboraciones en *La Stampa*. Sus consideraciones en “El futuro de la de democracia” (1984) y “Estado, gobierno y sociedad” (1985) signaron algunos de los debates intelectuales que buscaban dar contenidos concretos a la idea de democracia durante la transición. Bobbio afirmaba allí que la democracia podía ser aceptada por todos con independencia de la orientación que cada uno quisiera darle a la sociedad en un sentido económico o social, indicando que las rutinas procedimentales del sistema eran la cuestión central en esta fase de la transición. Y que buena parte del debate político-intelectual de la época giraba en torno a las estrategias de concertación que permitieran dar mayor horizontalidad al Estado.

Lo novedoso para la izquierda de la que provenía Portantiero era concebirse democrática, era superar el tradicional sentido garantido del relato histórico marxista, era superar el materialismo eminentemente economicista. Es decir, aceptar la democracia implicaba aceptar la idea de la incertidumbre y las contingencias en el desarrollo del devenir histórico. Recordemos que la idea subyacente a toda concepción socialista era que el avance hacia una sociedad más equitativa era un “destino justo y garantido”. Pero imaginar una sociedad más justa en un contexto democrático debía partir de una base diferente, de la base que no hay garantías para su realización pero si condiciones para su establecimiento. Y la principal de ellas era que fuese democrática.

En “La Ciudad Futura” se observa la aceptación explícita de Portantiero a la idea de democracia como un sistema sin garantías de triunfo, es decir, como un sistema que cuenta con la incertidumbre y la imprevisibilidad de sus resultados como aspectos intrínsecos a su constitución. Esta Revista del Club de Cultura Socialista editó su primer número en Buenos Aires en agosto de 1986. Sus directores fueron José Aricó -hasta su muerte en 1991-, Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula. El Consejo de Redacción contó entre sus miembros con Sergio Bufano, Jorge Dotti, Ricardo Ibarlucía, Héctor Leis y Osvaldo Pedroso. El Consejo Editorial estuvo compuesto por Carlos Altamirano, Emilio De Ípola, Rafael Filipelli, Julio Godio, Oscar González, Jorge Korsh, Carlos Kreimer, Jorge Liernur, Marcelo Lozada, Ricardo Nudelman, José Nun, Juan Pablo Renzi, Daniel Samoilovich, Beatriz Sarlo, Oscar Terán y Hugo Vezzetti. El Club de Cultura Socialista fue fundado en julio de 1984 por Aricó, Portantiero,

Tula, Emilio de Ípola, Beatriz Sarlo, Carlos Altamirano, María Teresa Gramuglio, Sergio Bufano, Marcelo Cavarozzi, Alberto Díaz, Rafael Filippelli, Ricardo Graziano, Arnaldo Jáuregui, Domingo Maio, Ricardo Nudelman, José Nun, Osvaldo Pedroso, Sergio Rodríguez, Hilda Sabato, Jorge Sarquís, Oscar Terán y Hugo Vezzetti.

En 1986, por ejemplo, Norbert Lechner publicó allí “De la revolución a la democracia” y “Sobre la incertidumbre” (Nº 2 y 3 respectivamente) donde cuestionó la tendencia de la izquierda a definir de una vez y para siempre una imagen predeterminada de la sociedad. Lechner planteó allí la necesidad de un desplazamiento e incluso un rechazo a las ideologías compactas. No obstante, si bien observamos que la revista dirigida por Portantiero número tras número se desarrolla una crítica de las propuestas y los métodos revolucionarios, podemos identificar también que no se impugna allí la idea socialista de avanzar hacia una sociedad más justa. Si bien se propone una lectura crítica de la tradición de izquierda, se tiene en cuenta la total vigencia de construir una sociedad más justa, así como mantener una actitud crítica sobre la realidad existente.

Los tres directores de la revista coincidían en esto. Para Aricó la izquierda requería de “un profundo y radical cuestionamiento de toda su tradición e instrumentos de análisis. (...) El ideal socialista está en crisis; es hora ya de reconocerlo si se quiere salvar al Socialismo como proyecto y como movimiento”.⁵ Para Jorge Tula, todo el colectivo de intelectuales de izquierda que se reunió en torno al Club, tanto los que volvieron del exilio como los que se quedaron, estaban en la búsqueda de una nueva identidad y se enfrentaban con un interrogante ineludible: ¿cómo establecer un nuevo vínculo entre socialismo y democracia? Y ¿cómo abandonar la visión instrumental que tenían de ella? Para Tula era necesario que la democracia pasara a ser considerada “el ámbito natural dentro del cual es posible pensar y realizar toda transformación”.⁶

Para Portantiero, hasta entonces los ordenadores ideológicos utilizados por la izquierda habían sido dos, y ninguno había sido especialmente favorable para el orden democrático. Uno era el vector de lo nacional-popular tentación directamente ligada a los éxitos del peronismo en la conquista de los trabajadores desde los años cuarenta. Y el otro, inverso, el del “alternativismo” a veces clasista a veces “popular”. “Entrismo y vanguardismo” eran, desde su perspectiva, constitutivos de la herencia de izquierda.⁷

Tengamos en cuenta que, tradicionalmente, el pensamiento socialista había definido la democracia política con adjetivos tales

⁵ José Aricó. “La Ciudad Futura”. *La Ciudad Futura*, Nº1, agosto. Buenos Aires, 1986, p.3.

⁶ Jorge Tula. “El primer número”. *La Ciudad Futura*, Nº 1, agosto. Buenos Aires, 1986, p. 4.

⁷ Juan Carlos Portantiero. “La transición democrática y la izquierda política”. *La Ciudad Futura*, Nº 16, abril-mayo. Buenos Aires, 1989, p. 9.

como “formal o burguesa”. Y lo hizo para contraponerla a la idea de democracia social, calificada la mayoría de las veces como sustancial o proletaria. Es decir, la primera de ellas había quedado destinada al orden capitalista y la segunda, la idea de democracia real, al socialismo. Pero esta concepción aludía primordialmente al orden político y marginaba otros aspectos de las relaciones sociales, quedando así en contradicción con el ideal de las libertades modernas, y condenando al socialismo a realizarse sólo a través de un orden despótico.

Para Portantiero la democracia ya no podía concebirse abstractamente. A su juicio, el vanguardismo leninista no permitía pensar la democracia como una producción autónoma, como un sistema independiente de las cargas sustantivas. Era necesario terminar para siempre con esa herencia. El deseo de Portantiero era precisamente desprenderse de esa aplicación, pues consideraba que las sociedades no tenían porque implicar consensos sustantivos sino más bien “acuerdos procesuales” e institucionales que podían ser, o no, democráticos: “acuerdos que permitieran, en definitiva, incrementar y ampliar los márgenes de decisión de las distintas fuerzas políticas que disputan el control del Estado, pero no a través de la fuerza sino a través del juego electoral”.⁸

En este aspecto los interrogantes de fondo que se planteaba Portantiero eran: ¿cómo terminar con dichas dicotomías? Y ¿cómo incorporar la Democracia dentro del horizonte socialista argentino como valor cultural capaz de generar un nuevo orden político sin cercenar el aspecto social? La vigencia, por ejemplo, de reivindicaciones sociales de justicia e igualdad quisieron ser integradas a una mirada democrática e institucional moderna. En este sentido, las reflexiones propuestas por Portantiero desde “La Ciudad Futura” parecen intentar proyectar un valor universal al concepto de democracia y querer establecer entre ella y la idea de Socialismo un nuevo modo de conceptualizarlas como categorías afines.

Esta aguda revisión de la tradición política, ideológica y cultural de la izquierda que llevó adelante Portantiero constituía un franco y frontal cuestionamiento a esa izquierda que mostraba dificultades para actualizar sus postulados e incorporarse a las nuevas reglas del juego democrático. En esa crítica, que fue también auto-crítica, expiación y “mea culpa”, vemos a un Portantiero preocupado por promover una cultura política más pragmática, lúcida, actualizada y capaz de actuar en el marco de las opciones que ofrecía la Democracia. Los cuestionamientos apuntaron principalmente al discurso de una izquierda a la que consideraba girando en el vacío. Asimismo, dichas críticas parecen haber tenido una doble función. Por un lado, eran la

⁸ Juan Carlos Portantiero. “El socialismo y el tema del Estado”. *La Ciudad Futura*, N° 11, Junio. Buenos Aires, 1988, p. 11.

respuesta a las acusaciones de traición que recibían desde amplios sectores de la militancia. Y por otro, marcaba un nuevo parte aguas para definirse de izquierda.

Durante una entrevista Portantiero reconoció que un importante problema de la izquierda marxista radicaba en su modo de interpretar a Marx y su concepción del Estado, el cual era considerado fundamentalmente a partir del antagonismo de clases⁹. Es decir, consideraron la construcción del Estado y sus leyes casi exclusivamente a partir del dominio de clase. Dicha lectura de los conflictos habría impuesto la idea de que la voluntad de los dominadores favoreció la construcción de leyes no sobre el interés general sino en virtud de dar cauce al interés de los ricos y poderosos.

Según Portantiero, esa era una visión reduccionista y restrictiva del Estado y de la política, pues la democracia social no tenía razón para ser considerada sustituta de la democracia política. No son las clases sociales en sí mismas quienes ejercen el poder o el gobierno, sino fuerzas políticas organizadas dentro de un esquema institucional con reglas estables. Esto es: el desplazamiento de una clase dominante por otra, o la interrupción de la dominación de clase no eliminarían el sentido de la democracia política.

La relectura de la obra de Max Weber, por ejemplo, fue un aporte útil y significativo para Portantiero en la reformulación conceptual de la democracia política. Weber planteó la superación del dualismo estructura-superestructura predominante en el marxismo ortodoxo. Según Portantiero “Weber explicaba mucho mejor los mecanismos de la política bajo el capitalismo burocrático que Marx”.¹⁰ Según Portantiero, Weber propuso la reconstrucción del esquema institucional y del sistema político sostenido sobre la base de un pacto estatal “en el que puedan equilibrarse la burocracia civil y militar, los partidos políticos, los grupos de interés y la institución presidencial”.¹¹

A lo largo de toda la transición Portantiero insistió en la idea de que la democracia no es un tipo de sociedad sino una forma de régimen. Desde esta perspectiva las sociedades no tenían porque implicar consensos sustantivos sino “acuerdos procesuales” e institucionales que podían ser, o no, democráticos. Acuerdos que permitieran, en definitiva, incrementar y ampliar los márgenes de decisión de las distintas fuerzas políticas que disputan el control del Estado, pero no a través de la fuerza sino a través del juego electoral. La acción política democrática debía comprenderse desde una doble dimensión. Por un lado, como la lucha por cuestiones que los sujetos definen como sustanciales; y, por otro,

⁹ Juan Carlos Portantiero. “Entrevista”. *El Periodista de Buenos Aires*, N° 73. Buenos Aires, 1986, p. 9.

¹⁰ Mocca, Edgardo. *Juan Carlos Portantiero: un itinerario político-intelectual. Entrevista*. Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2012, p. 133.

¹¹ Juan Carlos Portantiero. *Los usos de Gramsci*. Buenos Aires, Grijalbo, 1999, p. 15.

como la forma institucional convenida para solucionar esas luchas: “a la vez, entonces, conflicto y orden; disenso y acuerdo”.¹²

2. De los factores políticos que lo condujeron a abrazar la democracia

En segundo lugar, interpretar los aportes del pensamiento de Portantiero durante la transición, como reflexionar sobre el giro que tuvo hacia el paradigma democrático, requieren que dimensionemos la coyuntura política de la época. Que tengamos en cuenta, en primer término, cual había sido hasta entonces la experiencia de la democracia en Argentina. Y, a partir de allí, cuál la dinámica y los efectos de la apuesta discursiva impulsada por el presidente Alfonsín.

El proyecto alfonsinista, más allá de sus deficiencias de gestión, tuvo la virtud de ser altamente eficaz a la hora de establecer una nueva frontera ética tras las violaciones de los derechos humanos de la Dictadura. Según Gerardo Aboy Carlés¹³ la principal cualidad del discurso alfonsinista fue su narrativa construida a partir de una doble ruptura: por una parte, la ruptura con el pasado reciente encarnado por la última dictadura militar. Y por otra, confrontar ese pasado con una promesa de futuro. Es decir, el discurso alfonsinista fue más allá de la impugnación del pasado reciente y asoció la vigencia de la democracia con el bienestar, la prosperidad y la formación de una nueva cultura política que permitiera terminar con el faccionalismo que desde 1930 había intervenido el sistema político.

El 10 de diciembre de 1983 Raúl Alfonsín asumió la presidencia de la nación y dio comienzo a una nueva etapa de la vida política, social, económica y cultural de nuestro país, pues hasta entonces todos los gobiernos establecidos entre 1955 y 1983 habían quedado indefectiblemente signados por la profunda ilegitimidad que significó la proscripción peronista o la lisa y llana Dictadura. El 10 de diciembre de 1983 marcó el cierre de un período caracterizado por la privatización de las decisiones políticas, la violencia, el horror y la preeminencia de las preocupaciones políticas en la vida social y cultural de nuestro país.

El discurso alfonsinista tuvo un marcado carácter “iniciático” respecto del ejercicio de la democracia contemporánea. En primer lugar, porque buscó regenerar la idea del origen y legitimidad última del ejercicio del poder en la voluntad de las mayorías. En segundo lugar, porque atribuyó un valor medular a la tolerancia frente a las diferencias y el respeto intrínseco a los procedimientos institucionales. Y por último, porque estableció creativamente un nuevo vínculo entre gobernantes-gobernados y Estado de Derecho-Constitución.

¹² Juan Carlos Portantiero. *La producción de un orden*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1988, p. 185.

¹³ Gerardo Aboy Carlés. “Parque Norte o la doble ruptura alfonsinista”, en Marcos Novaro (comp.). *La historia reciente. Argentina en democracia*. Buenos Aires, Edhasa, 2004.

Alfonsín marcó la agenda del debate político de la época. De allí que buena parte del debate intelectual se situará también alrededor de la idea de “pacto”. Es decir, alrededor de cuáles debían ser las estrategias de concertación política para una correcta transición. Había sin duda en ese debate una serie de desencuentros, de contradicciones, de conflictos. Conflictos que a juicio de Pierre Bourdieu son siempre, desde cierto punto de vista, conflictos de poder.¹⁴

Esta es una de las razones por la cual Portantiero desarrolló ampliamente la idea del pacto en la gestión del poder. Pensemos en “Crisis social y pacto democrático” de 1984, escrito junto a Emilio De Ipola; en “Ensayos sobre la transición democrática argentina” de 1985, escrito junto a José Nun; en “Una constitución para la democracia” y “De la contradicción a los conflictos”, ambos textos de 1986; en “La producción de un orden” de 1988; en “El socialismo y el tema del Estado” de 1988; en “La distancia entre la política y el terror” y “La transición democrática y la izquierda política”, ambos en 1989; entre otros. Dichos textos expresan una idea central: la democracia entendida como productor u ordenador político que defina a partir de allí las prioridades de la transición en lo social y lo económico.

Por otra parte, afianzar la democracia suponía ampliar la participación ciudadana. Portantiero se preguntaba: ¿es posible consolidar la Democracia en Argentina y ampliar la participación ciudadana sin introducir cambios en la estructura del Estado? De allí que una de las cuestiones centrales que impulsó fue el debate sobre la reforma democrática del Estado. Esto es, el desarrollo y aumento de los mecanismos que permitieran una mayor injerencia en la trama pública por parte de individuos y organizaciones. Y así lo expresaba al afirmar que: “ya es hora de pensar en la necesidad de abrir nuevas vías de participación a los ciudadanos en los asuntos del estado. ¿O nos conformaremos con una democracia basada en una competencia entre elites, desarrollada entre la indiferencia y la apatía de los gobernados?”.¹⁵

Pero avanzar hacia una participación ciudadana amplia, plural y tolerante en la Argentina no era tarea sencilla. Nuestra cultura política requería de una profunda transformación, pues había sido forjada a base de presiones corporativas, de grupos de poder, de reclamos extra-institucionales o directamente a través de intervenciones militares sobre el sistema político. La primera condición que requería este proceso de democratización era garantizar un orden político estable en términos de reglas y procedimientos. Por ello, antes que nada, la democracia debía ser considerada un escenario sometido a reglas que todos se comprometían a respetar. Un escenario donde fundamentalmente se

¹⁴ Pierre Bourdieu. *Los usos sociales de la Ciencia*. Buenos Aires, Nueva Visión, 2000, p.94.

¹⁵ Juan Carlos Portantiero. “Una constitución para la democracia”. *La Ciudad Futura*, N° 1, Agosto. Buenos Aires, 1986, p. 17.

tramite el conflicto social eludiendo la violencia y la guerra civil. Según Portantiero, en Argentina la democracia representativa como forma de gobierno de partidos jamás había existido fuera de las puras formalidades, y creía que “el referéndum, el plebiscito o la iniciativa popular, ayudarían a quebrar la separación que existe entre legisladores y ciudadanos. Introduciría en el tronco de la democracia representativa elementos de la democracia participativa, no corporativa ni cesarista”.¹⁶

Por otra parte, como mecanismo de interlocución y como estrategia generadora de confianza, el gobierno invitó a diversos expertos, intelectuales y académicos, a posicionarse e incluso a trabajar a favor de la gestión. El gobierno buscaba ampliar su base de apoyo y procurarse la autoridad y la persuasión científico-técnica en los temas centrales de su agenda de gobierno. El caso de Portantiero en este aspecto es paradigmático pues se incorporó, nada más y nada menos, que al “Grupo Esmeralda”, comité de asesoramiento del presidente.

El “Grupo Esmeralda” fue organizado por Meyer Goodbar y Eduardo Issaharoff; coordinado por Margarita Graziano y compuesto por Portantiero, De Ípola, Carlos Nino, Daniel Lutsky, Gabriel Kessler, Claudia Hilb, Pablo Giussani, Sergio Bufano, Hugo Rapoport, Eva y Marcela Goodbar, Marcelo Cosin y Damián Tabarosky. Como vemos, varios de los integrantes del grupo (todos ellos sociólogos, politólogos o especialistas en ciencias sociales) hasta muy poco tiempo antes eran identificados lisa y llanamente como cuadros de organizaciones revolucionarias que habían sufrido una rápida conversión ideológica en el exilio tras la brutal experiencia del Estado Terrorista¹⁷.

Asimismo, la renovación político-ideológica del aparato académico-institucional también fue sinérgico con el pensamiento democrático neo-institucionalista, y no sólo en Argentina sino a escala continental. Por una parte, los dineros destinados al estudio y desarrollo del pensamiento democrático en la academia –incluso antes de 1983– sin duda colaboraron en el fortalecimiento de esta vía. Tal fue el caso, por ejemplo, de la Conferencia sobre “Condiciones sociales de la democracia” (1978), organizada por CLACSO en Costa Rica, evento al que asistió Raúl Alfonsín y donde presentó sus pretensiones en caso de ser elegido presidente. Del mismo modo pasó con el Seminario “Hegemonía y alternativas políticas en América Latina” (1980), organizado por el Instituto de Investigaciones políticas de América Latina de la UNAM; o el coloquio “Camino de la Democracia en

¹⁶ Juan Carlos Portantiero. “De la contradicción a los conflictos”. *La Ciudad Futura*, N° 2, Octubre. Buenos Aires, 1986, p. 17.

¹⁷ Ver Elizalde, Josefina. “La participación política de los intelectuales durante la transición democrática: el Grupo Esmeralda y el presidente Alfonsín”. Biblioteca Digital, 2009. <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/participacion-politica-intelectuales-durante-transicion.pdf>.

América Latina" (1983), organizado por la Fundación Pablo Iglesias de España. Y tras la dictadura el espacio académico argentino buscó reordenarse bajo esta misma lógica política.

Sin duda Portantiero, prestigioso actor de estos espacios, se adaptó al discurso científico, a la lógica de profesionalización de la época, al paulatino proceso de departamentalización del conocimiento y el reforzamiento del perfil del docente-investigador como especialista o experto. Según Nicolás José Isola, desde comienzos de la década de 1980, la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), en especial el área de Educación, jugó un papel relevante en la reestructuración académica argentina, tanto a través de la formación de profesionales como a través del direccionamiento de las investigaciones. Así numerosos estudiantes de su Maestría comenzaron a ocupar posiciones en la gestión pública. En coherencia con una visión de gobierno que intentaba instaurar "el pluralismo científico, cultural y político" en materia educativa, algunos de los objetivos del programa de Alfonsín fueron destinados a la normalización universitaria, el fortalecimiento del Ministerio de Educación Nacional, la expansión y la democratización de la educación. Isola señala que con el decreto 154 del año 1983 se normalizó el funcionamiento de las universidades nacionales, dando lugar a la reincorporación de profesores cesanteados durante la dictadura, reimplantando el ingreso irrestricto y reforzando la autonomía universitaria. Durante la segunda mitad de la década de 1980, la expansión del sistema de educación superior acrecentó el número de investigadores y de docentes profesionales, generando una renovación en los enfoques teóricos, mayores niveles de especialización y autonomía profesional, así como una mayor diversificación del mercado laboral.¹⁸

3. El cambio de rol y la auto-representación de los intelectuales de izquierda en un contexto democrático

En tercer lugar, el papel del hombre de letras, la función del pensador de la cultura y la política, el rol social del intelectual en la esfera pública, durante los ochenta sufrió una poderosa transformación. Sin duda la experiencia histórica y el deseo de insertarse institucional y laboralmente en puestos estables exigían una transformación ideológica, puesto que la llegada de la democracia fue vista por el amplio arco científico académico de la época como la única alternativa a la Dictadura. De allí, como indica Cecilia Lesgart, que la democracia fuera en un principio –y sin muchos cuestionamientos–

¹⁸ Nicolás José Isola. "Intelectuales de la educación en la restauración democrática Argentina". *A contracorriente*, Vol. 10, N° 3. Oregon, Universidad de Oregon, 2013, Spring, p. 335-358

conceptualizada como un orden de mínimos institucionales que debía ser poco a poco ampliado y cargado de contenidos.¹⁹

A juicio de Jacques Rancière,²⁰ justamente a esa idea básica y esquemática de democracia le faltó la mirada desde el “desacuerdo”. Y esta parece ser una presunción lógica, en especial si tenemos en cuenta la tradicional marginalidad y escasa influencia de la izquierda en los espacios institucionales y las decisiones de gobierno. Recordemos, por el contrario, que para la izquierda de los sesenta-setenta la práctica intelectual había estado asociada principalmente a la crítica, la contestación, la rebeldía, la ruptura del orden y el enfrentamiento de valores tradicionales e instituidos.²¹

Mientras hubo dictadura la izquierda se mantuvo en el plano defensivo. Logró identificar con precisión a la dictadura y a las Fuerzas Armadas como su principal enemigo, y eso le funcionó como un fuerte eje de solidaridad y aglutinación interna. Pero en un contexto democrático la situación cambió y el vaciamiento sufrido por el campo intelectual buscó recomponerse bajo un nuevo paradigma. Lo mismo ocurrió con el alcance crítico del ejercicio profesional, que se recomponía rápidamente en medio de nuevas disputas, de nuevos espacios, bajo nuevas reglas de juego, con nuevos actores y con otros sentidos profesionales.

Durante la transición podemos ver como el concepto de intelectual volvió a ser objeto de polémicas. La idea de vanguardia por ejemplo, que durante los sesenta había sido usada casi en exclusividad por la izquierda política, podemos ver como cae en desuso y se discute su validez y aceptación. En opinión de Alejandra González Bazúa, los editores de “Punto de Vista” -con varios integrantes en el “Club de Cultura Socialista”- se propusieron debatir el papel que sería legítimo desempeñar por los intelectuales en una sociedad democrática. Durante la transición será notoria la aparición del término intelectual ciudadano, concebido como un individuo capaz de cuestionarse a sí mismo y a su tradición. Dicho “intelectual ciudadano” se define por los valores democráticos y confronta con la imagen del intelectual que había construido la izquierda tradicional.²²

Más allá de la perdurabilidad o solidez del concepto, lo que queremos observar aquí es que hubo un ejercicio reflexivo en favor de una representación de los intelectuales acorde con el proyecto

¹⁹ Cecilia Lesgart. *Usos de la transición a la Democracia. Ensayo, Ciencia y Política en la década del '80*. Santa Fe, Editorial Homo Sapiens, 2003.

²⁰ Jacques Rancière. *El desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires, Nueva visión, 1996.

²¹ Pablo Ponza. *Intelectuales y violencia política: 1955-1973*. Córdoba, Babel, 2010.

²² Alejandra González Bazúa. *Pensarse intelectual. Reflexiones de intelectuales latinoamericanos sobre su quehacer desde dos revistas, Casa de las Américas y Punto de Vista (1981-1990)*. Tesis inédita: Programa de Posgrado en Estudios Latinoamericanos. Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe (CIALC). Universidad Nacional Autónoma de México, 2013, p. 54.

democrático. Y este ejercicio estuvo a su vez destinado a cuestionar y desmarcarse de las representaciones clásicas del intelectual de izquierda como eran, por ejemplo, el "intelectual crítico" o el "intelectual orgánico".

Esta re-conceptualización, esta revisión y de hecho esta crítica a las representaciones tradicionales del intelectual, no fue siempre bien recibida en el campo de la izquierda. A juicio de Roxana Patiño,²³ entre 1984 y 1987 las posiciones en el campo intelectual argentino se polarizaron y las revistas de la época permiten observar distintas trayectorias. Este fue el caso, por ejemplo, de "Pié de Página" (1983-1985), "Mascaró" (1984-1986), "Praxis" (1983-1986) y "La Bizca" (1985-1986), que buscaron reconstruir las consignas de la izquierda marxista. Por otra parte encontramos otras publicaciones escritas desde la estética del compromiso tales como: "El Porteño" (1982-1993), "Nova Arte" (1978-1980), "Ulises" (1978), "Brecha" (s/f), "Crear" (1980-1984) y "El Ornitorrinco" (1977-1987), que tuvieron una vida más o menos extensa. Pero también podemos mencionar publicaciones más efímeras como el "Molino de Pimienta", "Contraprensa", "El Despertador", "Nudos" y "La Danza del Ratón".

Estas publicaciones en general no avalaron la revisión de las representaciones del intelectual y su rol, así como tampoco coincidieron en la línea crítica del marxismo y de la cultura política de izquierda que proponían "La Ciudad Futura" o "Punto de Vista". En especial "La Bizca", cuyo nombre remitía a "Punto de Vista" como un modo burlesco dirigido a resaltar lo que ellos consideraban un estrabismo o distorsión ideológica. Según Patiño si bien "La Bizca" dialogaba con las ideas planteadas desde las revistas vinculadas al "Club de Cultura Socialista", esta nunca fue reconocida como interlocutor válido y no hubo diálogo entre ellas. Del comité editorial de "La Bizca" participaban Maite Alvarado, Gustavo Aprea, Roberto Beín, Alberto Castro, Alicia García Tuñon, Laura Mango, Carlos Magnone, Ariana Vacchieri, Nora Viater, Graciela Villanueva, Jorge Warley, entre otros. Al respecto, y durante, una entrevista realizada por González Bazúa, Beatriz Sarlo, recuerda que:

"Cuando llega Raúl Alfonsín al poder no serán pocos los que conciban a esta revista como alfonsinista. Así la concebían por ejemplo el grupo de Horacio González y la revista Unidos. El ojo mocho calificaba a Punto de Vista de socialdemócrata, aunque lo que realmente estaban criticando era el carácter moderno, abstracto, iluminista de la misma. Cuando El ojo mocho sitúa a Punto de Vista en el debate por la modernidad, es un debate bien

²³ Roxana Patiño. "Revistas literarias y culturales argentinas de los 80: usinas para pensar una época". En: *Ínsula. Letras argentinas. Un nuevo comienzo*, Número 715-716, Julio-Agosto. Buenos Aires, 2006.

planteado, no así cuando se criticó a Punto de Vista por alfonsinista. Punto de Vista fue una revista reformista, progresista, no alfonsinista, pero no anti alfonsinista".²⁴

Según Carlos Altamirano, en sus inicios "Punto de Vista" fue una revista que estuvo más cerca de producir nuevos lectores que de convencer a los que ya existían. En todo caso, los debates alrededor de las nuevas representaciones del intelectual, apelaban a esos viejos lectores que estaban dispuestos a discutir una apuesta política que tuviera a la democracia como horizonte:

"No tengo una idea populista del intelectual, tengo una idea que yo llamaría democrática, que quiere decir que cuando el intelectual habla de política, lo que expone son opiniones, esto quiere decir que, por competente que sea en algún terreno, esa competencia no le garantiza su lucidez política, ni le otorga una posición de pastor de almas, quiere decir más bien que él está involucrado en el debate y en los errores del debate como el resto de la gente".²⁵

Según Eduard Said,²⁶ en las cuatro culturas lingüísticas occidentales, los intelectuales tienen gran importancia, y ello se debe en parte a que muchas personas sienten la necesidad de mirar al intelectual como alguien al que se debería escuchar como guía para un presente confuso, y también como líder de una facción o grupo que compite por adquirir más poder e influencia.

Para terminar este apartado y concluir el artículo, nos gustaría compartir un interrogante y una reflexión muy sugerente que propone Said en "La función pública de los escritores e intelectuales".²⁷ Said señala que la existencia de individuos o grupos que promueven la justicia social y la igualdad económica, individuos o grupos que comprenden que la libertad debe contener el derecho a un abanico amplio de opciones que favorezcan el desarrollo cultural, político, intelectual y económico, nos conducirá ipso facto al deseo de

²⁴ Entrevista a Beatriz Sarlo: en Alejandra González Bazúa. *Pensarse intelectual. Reflexiones de intelectuales latinoamericanos sobre su quehacer desde dos revistas, Casa de las Américas y Punto de Vista (1981-1990)*. Tesis inédita: Programa de Posgrado en Estudios Latinoamericanos. Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe (CIALC). Universidad Nacional Autónoma de México. 2013, p.85.

²⁵ Entrevista a Carlos Altamirano: en Alejandra González Bazúa. *Pensarse intelectual. Reflexiones de intelectuales latinoamericanos sobre su quehacer desde dos revistas, Casa de las Américas y Punto de Vista (1981-1990)*. Tesis inédita: Programa de Posgrado en Estudios Latinoamericanos. Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe (CIALC). Universidad Nacional Autónoma de México. 2013, p.90.

²⁶ Eduard Said. *Humanismo y crítica democrática*. Buenos Aires, Debates, 2006, p.147.

²⁷ Eduard Said. "La función pública de los escritores e intelectuales". *Humanismo y crítica democrática*. Buenos Aires, Debates, 2006, p.161.

organización en lugar del silencio. La vocación intelectual por consiguiente se encuentra en la posición de hacer posible y mejorar la formulación de estas expectativas y deseos.

Breve resumen final

A lo largo del texto planteamos las principales reflexiones teórico-conceptuales de Portantiero durante la llamada transición a la democracia, al tiempo que desarrollamos tres de los factores centrales que hicieron a su conversión desde postulados revolucionarios hacia el paradigma democrático. En primer lugar, el artículo destacó el impacto de la derrota de las experiencias continentales y el lento desgranamiento del llamado "Socialismo Real"; que terminaron por desacreditar al marxismo como doctrina rectora del pensamiento de izquierda, en especial al vanguardismo leninista. En este sentido fue central el reposicionamiento de la izquierda europea -especialmente la italiana- a través del llamado eurocomunismo que fue una referencia ineludible para Portantiero.

Frente a la falta de alternativas más creativas y ante la necesidad de ofrecer una salida viable y eficaz a la dictadura, la democracia fue aceptada (esquemáticamente y de manera más o menos amplia) por el arco científico-intelectual. En esta primera instancia hubo consenso en definirla como una serie de rutinas procedimentales que permitían - en esta fase de la transición- establecer un itinerario de actuación predecible en lo político, económico y social. De allí que buena parte del debate político-intelectual de la época girara en torno a las estrategias de concertación que permitieran dar seguridad a los actores y mayor horizontalidad al Estado.

De este modo vimos como a lo largo de la década de 1980 Portantiero trabajó intensamente sobre la idea del pacto, y cuestionó los ordenadores ideológicos de la izquierda -el "entrismo" y "vanguardismo"- a su juicio ninguno especialmente favorable para el orden democrático. Asimismo, criticó la herencia del pensamiento socialista tradicional que había definido la democracia política con adjetivos tales como "formal" o "burguesa" para contraponerla a la idea de democracia social, calificada la mayoría de las veces como sustancial o proletaria. Dicha concepción aludía primordialmente al orden político y marginaba otros aspectos de las relaciones sociales, quedando así en contradicción con el ideal de las libertades modernas y condenando al socialismo a realizarse sólo a través de un orden despótico.

En segundo lugar, dimensionamos la influencia que tuvo el discurso alfonsinista durante la transición, el carácter iniciático que le imprimió a la idea de democracia a partir de una eficaz lectura del pasado reciente (aunque no históricamente correcta) y una persuasiva

proyección hacia el futuro de valores como la tolerancia y el pluralismo. Asimismo, vimos como Alfonsín invitó a diversos expertos, intelectuales y académicos, a posicionarse e incluso a trabajar a favor de la gestión. Este fue un mecanismo de intercambio e interlocución, pero también fue una estrategia generadora de confianza y de ampliación de su base de apoyo. Alfonsín procuró hacerse de la autoridad científico-técnica en los temas centrales de su agenda de gobierno. El caso de Portantiero en este aspecto fue paradigmático pues se incorporó al Grupo Esmeralda, comité de asesoramiento del presidente.

La gran preocupación de Portantiero parece haber sido cómo terminar con las dicotomías inconducentes, los binomios caducos, e incorporar la democracia dentro del horizonte socialista argentino como valor cultural capaz de generar un nuevo orden político sin cercenar el aspecto social ni disminuir la vigencia de reivindicaciones sociales de justicia e igualdad. En este sentido, las reflexiones propuestas por Portantiero parecen haber intentado proyectar un valor universal sobre el concepto de democracia, buscando quizás establecer entre ella y la idea de socialismo un nuevo vínculo.

Por último, observamos brevemente cómo la renovación político-ideológica del aparato académico fue sinérgica con el pensamiento democrático neo-institucionalista. Se fortaleció así la departamentalización del conocimiento, la lógica de profesionalización específica y el perfil del especialista o experto. De este modo, la función del intelectual en la esfera pública sufrió una poderosa transformación y pasó -en el caso de la izquierda- de una práctica asociada a la ruptura del orden y el enfrentamiento con valores tradicionales e instituidos, a una concepción democrática. Cabe indicar, no obstante, que esta re-conceptualización, esta crítica a las representaciones tradicionales del intelectual, no fue siempre bien recibida en el campo de la izquierda y mostró claras resistencias.

Bibliografía

Alain Badiou. *El siglo*. Buenos Aires, Ediciones Manantial, 2005.

Alejandra González Bazúa. *Pensarse intelectual. Reflexiones de intelectuales latinoamericanos sobre su quehacer desde dos revistas, Casa de las Américas y Punto de Vista (1981-1990)*. Tesis inédita, Programa de Posgrado en Estudios Latinoamericanos. Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe (CIALC). Universidad Nacional Autónoma de México, 2013.

Ariana Reano, *Los lenguajes políticos de la democracia*. Buenos Aires, UNGS, 2010.

Pablo Ponza

Ariana Reano, "Controversia y La Ciudad Futura: democracia y socialismo en debate". *Revista Mexicana de Sociología*, N° 3. México, 2012.

Cecilia Lesgart. *Usos de la transición a la Democracia. Ensayo, Ciencia y Política en la década del '80*. Santa Fe, Editorial Homo Sapiens, 2003.

Cecilia Braslavsky y Gustavo Cosse. *Las actuales reformas educativas en América Latina: Cuatro actores, tres lógicas y ocho tensiones*, Documento N° 5: www.preal.org. Santiago de Chile, PREAL, 1996.

Claudia Hilb. *El político y el científico*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2009.

Editorial. "La izquierda todo un tema". *La Ciudad Futura*, N° 13-14. Buenos Aires, 1988-1989.

Eduard Said. *Humanismo y crítica democrática*. Buenos Aires, Debates, 2006.

Editorial. "¿Desde dónde enunciamos los socialistas?" *La Ciudad Futura*, N° 10. Buenos Aires, 1988.

Emilio De Ípola. Seminario: "Discutir a Alfonsín: Repensando el legado de los años '80 en la Democracia Argentina". Conferencia dictada el 30 de julio de 2009 en el Departamento de Ciencia Política y Estudios Internacionales de la Universidad Torcuato Di Tella. Buenos Aires, 2009.

Emilio De Ípola y Juan Carlos Portantiero. "Crisis social y pacto democrático". *Punto de Vista*, N° 21, agosto. Buenos Aires, 1984.

Emilio De Ípola "Cultura, orden democrático y socialismo". *La Ciudad Futura*, N°1, agosto. Buenos Aires, 1986.

Emilio De Ípola "La izquierda en tres tiempos". *La Ciudad Futura*, N° 10, Abril. Buenos Aires, 1988.

Emilio De Ípola y Juan Carlos Portantiero (comp.). *Ensayos sobre la transición democrática argentina*. Buenos Aires, Punto Sur, CEAL, 1985.

Emilio De Ípola y Juan Carlos Portantiero. *Estado y Sociedad en el pensamiento clásico*. Buenos Aires, Cantaro, 1987.

Gerardo Aboy Carlés. "Parque Norte o la doble ruptura alfonsinista", en Marcos Novaro (Comp.). *La historia reciente. Argentina en democracia*. Buenos Aires, Edhasa, 2004.

Guillermo O'Donnell. "La Irrenunciabilidad del Estado de Derecho". *Instituciones y Desarrollo*, N° 14. Barcelona, Ed.IIG, 2002.

Guillermo O'Donnell, Phillippe Schmitter y Laurence Whitehead (comp.). *Transiciones desde un gobierno autoritario*. Buenos Aires, Paidós, 1988, 4 vol.

María Matilde Ollier. *De la revolución a la democracia*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2009.

Hugo Vezzetti. "Lo viejo y lo nuevo". *La Ciudad Futura*, N° 17-18, Junio. Buenos Aires, 1988.

Juan Carlos Portantiero

Jorge Tula. "El primer número". *La Ciudad Futura*, N° 1, Agosto. Buenos Aires, 1986.

José Nun y Juan Carlos Portantiero (comp.). *Ensayos sobre la transición democrática argentina*. Buenos Aires, Punto Sur, CEAL, 1985.

José Aricó. *Entrevistas 1974-1991*. Córdoba, Centro de Estudios Avanzados, 1999.

José Aricó. "Repensar la democracia", entrevista de Daniel Molina. *El Porteño*, Marzo, Año III, N° 27. Buenos Aires, 1984.

José Aricó. "La Ciudad Futura". En: *La Ciudad Futuro*, N°1, agosto. Buenos Aires, 1986.

José Aricó. "Democracia y Socialismo en América Latina". *Caminos de la Democracia en América Latina*. Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 1984.

José Aricó. *La Cola del Diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*. Buenos Aires, Puntosur, 1988.

José Casco. "Cultura, modernización y democracia. Max Weber en la obra de los sociólogos intelectuales de la transición a la democracia argentina", en Diego Pereyra (comp.). *Cuadernos de Ciencias Sociales*. Buenos Aires, Flacso, 2010.

Juan Carlos Portantiero. *La producción de un orden*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1988.

Juan Carlos Portantiero. *Los usos de Gramsci*. Buenos Aires, Grijalbo, 1999

Juan Carlos Portantiero. *Juan Carlos Portantiero: un itinerario político-intelectual*. Entrevista de Edgardo Mocca. Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2012.

Juan Carlos Portantiero. "Entrevista". *El Periodista de Buenos Aires*, N°73. Buenos Aires, 1986.

Juan Carlos Portantiero. "Proyecto democrático y movimiento popular". *Controversia para el examen de la realidad Argentina*, Año I, N° 1, Octubre. México, 1979.

Juan Carlos Portantiero. "Hacer compatibles socialismo y democracia". *El Periodista de Buenos Aires*, N° 73, entrevista realizada por Ricardo Ibarlucia, 31 de enero. Buenos Aires, 1986.

Juan Carlos Portantiero. "De la contradicción a los conflictos". *La Ciudad Futura*, N° 2, Octubre. Buenos Aires, 1986.

Juan Carlos Portantiero. "Una constitución para la democracia". *La Ciudad Futura*, N° 1, Agosto. Buenos Aires, 1986.

Juan Carlos Portantiero. "El socialismo y el tema del Estado". *La Ciudad Futura*, N° 11, Junio. Buenos Aires, 1988.

Juan Carlos Portantiero. "La distancia entre la política y el terror". *La Ciudad Futura*, N° 15, Febrero-marzo. Buenos Aires, 1989.

Juan Carlos Portantiero. "La transición democrática y la izquierda política". *La Ciudad Futura*, N° 16, Abril-mayo. Buenos Aires, 1989.

Pablo Ponza

León Rozitchner. *Acerca de la derrota y de los vencidos*. Buenos Aires, Editorial Quadrata, 2011.

Nicolás José Isola. "Intelectuales de la educación en la restauración democrática Argentina". *A contracorriente*, Vol. 10, Nº 3, Spring. Universidad de Oregon, 2013.

Norbert Lechner. "De la revolución a la democracia". *La Ciudad Futura*, Nº 2. Buenos Aires, 1986.

Norbert Lechner. "Sobre la incertidumbre". *La Ciudad Futura*, Nº 3. Buenos Aires. 1986.

Pablo Ponza. "El Club de Cultura Socialista y la gestión Alfonsín: transición a una nueva cultura política plural y democrática". *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Febrero, www.nuevomundo.revues.org/65035 DOI: 10.4000/nuevomundo.65035, París. 2013.

Pablo Ponza. "La Ciudad Futura: un pacto socialista y democrático". *E-Latina. Revista electrónica de estudios latinoamericanos*, Vol. 10, Nº 40, Julio-setiembre. Buenos Aires, 2012.

Pablo Ponza. "Comprometidos, orgánicos y expertos: Intelectuales, marxismo y ciencias sociales en Argentina (1955-1973)". *Marxismo e Izquierda en la Historia de América Latina. A Contracorriente*. Estados Unidos, Universidad de Oregon, 2012.

Pablo Ponza. "Controversia para el análisis de la realidad argentina". *El Exilio del retorno*. Santiago de Chile, Heterónimos, 2012.

Pablo Ponza. *Intelectuales y violencia política: 1955-1973*. Córdoba, Babel, 2010.

Pablo Ponza. "La izquierda en su laberinto: Intelectuales argentinos, ideas y publicaciones en el exilio (1976-1983)". *Boletín Americanista*, Nº 60. Barcelona, Universidad de Barcelona, 2010.

Pierre Bourdieu. *Los usos sociales de la Ciencia*. Buenos Aires, Nueva Visión, 2000.

Raúl Ricardo Alfonsín. *Discurso de Parque Norte*. 2012. Publicado por los Doctores J.O. Pons y N. Florencia Pons Belmonte, en Constitución web: <http://constitucionweb.blogspot.com.ar/2010/03/discurso-de-parque-norte-convocatoria.html> Buenos Aires.

Raúl Burgos. *Los gramscianos argentinos*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2004.

Roxana Patiño. *La producción teórica de la idea de la transición a la democracia*. IV Jornadas de Reflexión, Creación y Debate. Córdoba, Papeles de discusión 3, CEFyH, 2004.

Roxana Patiño. "Revistas literarias y culturales argentinas de los 80: usinas para pensar una época". *Ínsula. Letras argentinas. Un nuevo comienzo*, Número 715-716. Julio-Agosto. Buenos Aires, 2006.

Saúl Sosnoswki y Patiño, Roxana (comp.). *Una cultura para la democracia en América Latina*. México, Fondo de Cultura Económica, 1999.

Juan Carlos Portantiero

Stefan Zweig. *El mundo de ayer. Obras completas. Memorias y ensayos*. Barcelona, Editorial Juventud, 1953.

Verónica Gago. *Controversia: una lengua del exilio*. Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2012.

Waldo Ansaldi. *La democracia en América Latina, un barco a la deriva*. México, Fondo de Cultura Económica, 2006.